

Blanca Strepponi. *Las vacas*. Caracas: Fondo Editorial Pequeña Venecia, 1995.

Pequeña Venecia, hoy día una de las colecciones de poesía más vigorosas y originales de Latinoamérica, acaba de sacar a la luz *Las vacas*, de la escritora venezolana Blanca Strepponi (Buenos Aires, 1952), que ya antes se había dado a conocer en el campo de la lírica con *Poemas visibles* (1988), el *Diario de John Robertson* (1990) y *El jardín del verdugo* (1992) y en el de la dramaturgia con *Birmanos* (1991).

En el caso de *Las vacas* nos encontramos con una escritura perturbadora, que nos remite al exterior del texto propiamente dicho, primero hacia las fotos que lo acompañan y nada explican directamente, y luego más lejos. Desde el título queda planteado un interrogante: ¿por qué un libro centrado en algo — a primera vista — tan prosaico y ajeno a la poesía?

Los poetas suelen moverse dentro de un repertorio de temas elevados o tradicionales; cuando lo vulgar aparece, como en las *Odas elementales* de Neruda, es para volverse trascendente, paradigmático. Tratándose de animales, sean “Los gatos” de Baudelaire o “El potro” de Jeffers, éstos quedan revestidos de un aura que los preserve de lo cotidiano. En lo que respecta concretamente a las vacas, el hecho de ser comestibles y aprovechables de mil otros modos — como nos lo obligan a describir en la escuela primaria — las baja para siempre al mundo práctico, y allí se quedan, desafiando a la literatura solemne; aunque, eso sí, también monumentales, a su manera. Al leer este libro, tendremos la impresión de haber contemplado una anamorfosis verbal. El objeto lírica pueden serlo las vacas, hipótesis que el texto se encarga de perfilar, sin centrarse demasiado en ellas, no obstante. Pero asimismo el objeto podrían serlo las “vácuas”, hembras vacías, según una de las perspectivas posibles; hembras llenas, según otra; sagradas, según la foto de Robert Frank que nos introduce en el volumen y, no menos, según lo insinúa el segmento IV del poema:

echadas sobre la tierra
 los cuellos magníficos
 y las grandes vísceras tensas
 bajo el pecho abierto del día

bebo en los hermosos ojos
 dos vacas y yo

ahora extienden sus cuellos
 las orejas inútiles cuernos

un resplandor plomizo cae
 sobre los ojos ciegos
 [...]

Me alimento de ellas
 no hay quien las ame como yo
 extranjeras y sagradas
 vacas torpes dignas bellas
 bebo en sus ojos sin fondo

las vacas muertas y yo

El poema tiene la textura resbaladiza de una pesadilla. No se puede menos que verlo como un discurso cifrado, plagado de huecos, de manera que no hay que arriesgarse a aportar no se sabe bien qué al proceso de interpretación. No es el tipo de texto que se da a admirar, completo, acabado; lo que se nos ofrece tiene otra contundencia: la de las cosas fragmentadas y exhibidas tal cual, que cuestionan la posición del lector.

Mención aparte merece la inclusión en esta obra poética de una reproducción de la Venus de Giorgione. Confieso haber creído conocerla bien durante un tiempo, hasta que descubrí el original en Dresde hace años, en una visita colectiva donde había gente de todo el mundo. Entonces vi el cuadro bajo circunstancias inhabituales. La razón no se encontraba en el tamaño íntimo del lienzo, que obligaba a ponerse muy cerca para disfrutar los detalles, a diferencia de los inmensos Rubens que colgaban en la misma sala; la razón estaba, para ser preciso, en los ojos del individuo que apreciaba el cuadro por primera vez frente a frente, interpretándolo como algo que no tenía nada que ver con el concepto del arte implícito en la pintura misma y que resulta paradójico: aquella Venus de la sensación de que, al exhibirse públicamente, reúne todos los requisitos necesarios para ser pornográfica. Tal vez mi reacción no haya sido una simplificación, si se considera la imagen de una mujer que se cubre o acaricia, que espera o rechaza, que invita a tocarla o desaconseja cualquier contacto, sin entregar al espectador jamás la certidumbre del sentido último de cada opción.

Siempre una cosa u otra: la noción de un sentido inestable, que nada fija y, más bien, convoca fantasmas incesantes. Quietud (móvil) del cuerpo, agitación (quieta) del paño, cerrazón del cuerpo (¿dormido o atento a sus propios estímulos?) en la indefinición de un paisaje (¿amanecer, atardecer?). El cuadro nos obliga a mirar y al mismo tiempo nos impide llegar a la certeza de lo que vemos. Desde la óptica masculina, podría ser la evidencia de una mujer independiente, con las piernas cruzadas, para negarse aun en la más flagrante desnudez; alguien que, de acuerdo a todas las evidencias, no nos necesita — representación que parece sencilla y no deja en pie nada del universo machista. Giorgione fue un pintor misterioso, que trastornaba la iconografía tradicional. Y se me ocurre que, así como su obra desafía la posibilidad de una traducción al lenguaje verbal, del mismo modo la poesía se resiste una y otra vez a ser vertida a otras lenguas. Todas estas reflexiones que el pintor suscitó en mí renacieron con la lectura del libro de Strepponi, que sabiamente recurre a citas visuales, difícilmente racionalizables, para reforzar el aire enigmático de sus versos.

Oscar Garaycochea